XXI

El sepelio

Hora es ya de dar sepultura á lo que resta de nuestro exhombre; hora es ya de volver á la madre tierra lo que de ella provino, y de poner punto final á esta obra; pero no lo haremos sin decir dos palabras sobre los diversos modos que distintos pueblos, en diferentes épocas, han tenido para disponer de los restos humanos.

Siempre fueron estos restos venerandos y venerados: la Naturaleza, por medio del lenguaje mudo, pero expresivo de los miasmas pútridos, nos dictó la orden de incomunicar todo cadáver; empero aunque no existieran ni la descomposición ni la fetidez, siempre los hubiéramos respetuosamente velado á nuestra vista. Aparte el dolor que suscitara la presencia de ese montón de barro en que se hospedó una inteligencia que concebía y un corazón que amaba, aparte el doloroso recuerdo que nos presenta, despreciable materia lo que fué persona amada y amante, habría el hecho ineludible de considerar profanación el hacer presenciar á los muertos, venerables porque muertos, las sandeces y debilidades de los vivos, ¿qué tienen que

hacer los que fueron con las quimeras y dislates de los que aun son?

El culto á los muertos, práctica de todos los pueblos y de todas las edades, fué, como dice Helber Spencer, primera religión de la humanidad, porque lo que queda de un hombre no son sus huesos ni sus cenizas, es esa cosa inmaterial, pero de más valer y peso, esa flor inmarcesible del recuerdo en la memoria de los vivos; lazo místico entre las regiones ante y posttumba, que parece invitarnos cada vez con mayor ahinco al mundo de los idos; mundo donde, desde los cuarenta años, tenemos más amigos y deudos que en éste.

Mas si tal respeto nos imprime esa idea de la no existencia, ¿cómo olvidamos tan fácilmente que igual destino nos espera, que cada instante nos roba una porción de nosotros mismos y que pronto nos hemos de convertir también en venerandas cenizas ó en cenizas olvidadas?

¡Antítesis al parecer inexplicable! el primer momento de la vida es el primer paso hacia la muerte; cada hora que se hunde en la eternidad nos acerca á la tumba, y, como la nave arrastrada por la vorágine de Malstrom, como los astros al acercarse á su perihelio, más violentos corremos cuanto más nos acercamos al término... y nos olvidamos y nos reimos de ese instante.

¿Es acaso porque pensamos que ese instante, ese perihelio, es final sólo para la materia ó para la comunión del alma con la materia? No; es que seducidos por los alhagos del deleite nos lanzamos á él como el ave fascinada por la serpiente, ó como la mariposa atraída por los resplandores del fuego.

Si es verdad que para el espíritu no hay muerte, si somos astros que, como los del cielo, incesantemente marchamos de nuestro afhelio (cuna) á nuestro perihelio, tumba y viceversa, también lo es que la materia que resta, la cosa visible, palpable, patente, es polvo deleznable. En eso no cabe duda; ¿y qué diferencia hay, se dirá, entre la potasa

y la soda, de esa ceniza respetuosamente guardada en urna griega, y la que la Naturaleza hace circular en la vejetación ó bullir en las ondas del mar? ¿En qué difiere la cal de esos huesos del Descubridor, que bajo sencillo cenotafio guarda nuestra catedral, de la que cubre estas paredes de mi aposento? ¿qué diferencia entre aquel poco de fosfato que reposó diez años en Santa Helena y yace hoy en los Inválidos, y el fósforo contenido en esta cajita Arteaga y Jáuregui?

No hay ninguna; los restos de Cromwell, extraídos por orden de Carlos II, quemados y esparcidos á los cuatro vientos, valían tanto para el usurpador y para el mundo, en la abadía de Westmister como en el campo: no, no hay ninguna, y por eso creerá alguno que ese sentimiento de veneración á las cenizaz es innato, en tanto que es inexplicable; pero en vano se empeñaría en anularlo el escepticismo epicúreo ó la Química escudriñadora, porque ese polvo representa una idea, porque es la base de un recuerdo de amor inefable, ó de cariñoso respeto ó de inextinguible gratitud; porque ese polvo nos dice que un espíritu existe que habitó esa materia y que ahora, en prosecución de sus destinos, sigue sus perpétuas evoluciones en algún punto de la inmensidad, para cumplir la ley de su perfeccionamiento progresivo. Cualquiera que sea, empero, la teoría que siga nuestro lector respecto á esas hipotéticas evoluciones del espíritu, en ella le dejaremos, por ahora, para ocuparnos del destino de la materia.

Parece que en primitivos tiempos los hombres no hicieron sino volver á la tierra lo que de ella había venido, es decir, que imitaron á la abeja enterrando los cadáveres de sus semejantes. Este fué el primer oficio de las cuevas, y lo prueban los restos y cenizas encontrados en muchas de ellas, entre otras, pudiendo citar las tumbas descubiertas en Hallstad y caverna de Salzbourgo, en la de Somma, en Lombardía y otras; cosa digna de notarse es, lo diremos de paso, que unidos á esos restos se ven siempre objetos que

revelan la industria que ya se iniciaba. Al menos debían conocer el vidrio, el barro, la moneda, el hierro y quizás los símbolos para representar ideas, ó sea geroglíficos que, perfeccionados más tarde, dieron nacimiento á la escritura por letras, que la escritura, es de suponerse, empezó por signos simbólicos. El hombre, desde el primer día de su inteligencia, se dedicó á modificar, y aplicó en provecho propio los objetos que le rodeaban. Esta fué la primer prueba que dió de su superioridad, millones de siglos quizá antés que, comprendiendo que un efecto sin causa era una cosa absurda, monstruosa, imposible, resolviera investigar esas causas y por ende comenzara su progreso.

Triste es pensar que por hachas de silex y deformes mazas, instrumentos de muerte, empezó la lucha por la vida, que ya amaban la vida aquellos precursores del homo sapiens, carecientes de comodidades y goces, es decir, de nuestros goces.

Los túmulos (dolmen, cromlechs, borrows) de las edades antediluvianas, tributo al alcance de la época, eran montones de tierra de cien á cuatrocientos pies de largo con treinta ó cincuenta de ancho y alto, á veces con bóveda interior de piedra; en otras, una entrada descubierta, y allí los restos de héroes ó jefes de tribus, venerados como dioses, restos que han servido más de una vez á los arqueólogos para determinar el grado de ilustración y aclarar dudas de la historia. Rara vez se ve un esqueleto aislado, pues acompañan mujeres, tal vez siervas, que no esposas, y en algunos casos un cráneo partido ú horadado revela que murió peleando ó devorado por una fiera. Siempre los esqueletos mirando al Oeste, agachados, en actitud de orar, y á la entrada, ó no lejos, huellas del infalible banquete funeral.

Es decir, que se lloraba nutriéndose. Ese banquete se transmitió á pueblos que alcanzaron época deslindadamente histórica, y se ve en egipcios, helenos, teucros, latinos y otros; acaso en algunos se entregaran á los crepalócomos, que eran zahoras ó desahogos báquicos y no nada

fúnebres. Los modernos no usamos tales banquetes; pero los hemos reemplazado con una frase que los equivale: «El muerto al hoyo...

Y no hemos de olvidar á los embotijados: ahí veréis, por los museos de antiguallas, el arqueológico de Barcelona, por ejemplo: unos tinajones, urnas funerarias, bien que no cinerarias, en que pueblos prehistóricos colocaban encojidos cadáveres de sus deudos.

Perfecciónense con los siglos esos informes dolmens y mounds, y llegaremos á esos jigantes petreos, reveladores de fanatismo ó de incipiente vanidad, tumbas enormes de que sin duda surgieron los monumentos egipcios.

Como se progresaba entonces á paso de tortuga, si no se permanecía estacionario, los hombres de la época del renjífero, posteriores quizá de muchos siglos á los de la piedra pulimentada, no alteraron mucho su modo de sepultar, ni sus banquetes fúnebres, que aún distaban de la esplendidez del que describe Homero.

En los sepulcros prehistóricos de Dinamarca (Kjokkenmoddings), los cadáveres, siempre con instrumentos é indicios de comida fúnebre, aparecen acurrucados; tal vez esperando resurrección, buscaban la posición del niño en vientre de su madre, como si hubiera de renacer; idea, sin duda poética, pero acaso fantasía de un Mr. Troyon.

En la Escandinavia y en la Britania de la edad paleolítica, se presentan los esqueletos sentados, con sus armas de silex, y parece ser que en la primera, según el arqueólogo Nilson, las habitaciones de los difuntos eran sus tumbas. En ellas, lo que más amaban, joyas para mujeres, armas para hombres. Los celtas, en eso semejantes á los sirios y tan primitivos como ellos, usaban tres piedras toscas, sobre las que descansaba otra que cubría, dejando un espacio para el cadáver. Los babilonios, listos en cerámica, construían, desde época ignorada, ataúdes de barro, toscos y burdos, pero resistentes, que han llegado hasta nosotros, y con ellos los de los reyes y príncipes de la Lidia y la Troade: aquí la famosa tumba de Alyattes, una de las primeras que caen en el dominio de la historia, y la que Herodoto compara á los jigantescos monumentos de Egipto y Babilonia, mole cónica de mil pies de diámetro sobre sólido zócalo de piedra labrada, coronada de cinco columnas con inscripciones y relieves; al centro bóveda sepulcral de once pies largo, ocho ancho, siete alto, formada de mármol pulido, bien que cambiaban de forma y dimensiones, según se ve en la necrópolis de las colinas que limitan el valle de Hermus. Muy diferentes los licios, labraban en la roca marmórea sus sepulcros, nichos ó túmulos, dejando unas enormes piedras cuadradas en forma de templos, ornadas de bajos relieves, y á veces, como en Etruria, figuraban una morada de fastuosa fachada: los cuartos triclinios eran sepulcros de la familia; sobre la gran piedra, una figura, por lo general, recostada é inclinada la cabeza sobre un brazo. En las colecciones arqueológicas, particularmente en los museos de Londres y París, sobran pruebas de que ya se pensaba en la vida eterna más que en la transitoria terrenal.

Los egipcios entre quienes la idea de la muerte y la otra vida se sobreponía á todo, embalsamando por arte suis generis, nos han legado sus momias de cuarenta siglos, es decir, que duraron centurias como meses duran nuestros embalsamamientos para ricos: ahí están tras cincuenta siglos sus hipogeos, catacumbas y sepulcros en forma de pirámides truncadas. Sepultábanlas con armas, mas no parece haber sido la idea, como creyó alguno, conservar el cuerpo para que al cabo de tres mil años se reencarnara el alma: ellos creían que el alma pasaba á un cuerpo de recien nacido, pero ésta no abandonaba su residencia para dar principio á sus emigraciones mientras el cadáver permaneciera incorrupto; de donde ánimas que han aguardado miles de años para su trasmigración.

Convienen los egiptólogos de nuestros días en que el

país geroglífico tomó sus creencias y prácticas mortuorias de civilizaciones anteriores, pero como perfeccionaron y fundaron escuela, nos demoraremos en ellos. Oigamos á Diodoro que en Libro 1. C. 34 dice: «Al trasladarse el embalsamado á la tumba de sus mayores, debía atravesar primero el Nilo y luego el lago Aqueruso, á cuya orilla se sentaban cuarenta jueces, todos con derecho á expresar querella contra el finado, cuyo cadáver se colocaba en un féretro abierto: si convicto de mal comportamiento en vida, la sentencia negábale sepultura; si tenía que pagar alguna deuda, quedaba el cuerpo en rehenes hasta que la solventaran sus herederos; mas si el reclamante no justificaba de un modo incontestable sus acusaciones era castigado severamente.» Siendo público este juicio y el pueblo testigo de sus fallos, claro es que el terror de la infamia póstuma, los impelía al cumplimiento de sus deberes. La vida antemortem era para ellos no más que un preámbulo, una antesala de la vida postmortem.

Veinte mil hombres, consta en crónicas, trabajaron por treinta años para levantar en las llanuras de Gizeh sepulcro al orgullo de los Faraones, y ni aún los reyes, adorados en vida como dioses, escapaban tras la muerte al deber de ser juzgados como plebeyos. Ese juicio era purificador, y según el *Ritual funerario,* preparaba las almas de los justos para recibir en la mansión de Osiris (tal vez el sol) nuevo cuerpo y nueva vida bienaventurada.

No multiplicaremos estas citas porque las creemos innecesarias para probar que el destino de los primeros cadáveres fué siempre ser enterrados en túmulos ó en cavernas que no se abrieron á brazos como en Egipto, sino se buscaron aprovechando las que había preparado la naturaleza; así lo revelan la arqueología y antiguas escrituras.

También la Biblia, ese libro de ayer que nos pareció antiguo cuando no sabíamos nada del anteayer, nos dá fehacientes pruebas de las inhumaciones entre nuestros abuelos ya históricos. En sus páginas podemos ver que el Fratricida *enterró* á Abel para ocultar su crimen, que muerto Abraham, de 175 años, sus hijos Esaú é Ismael llevaron su cuerpo á la cueva que había comprado á Ephrom, donde le *enterraron* al lado de Sara, su mujer: á Isaac sus hijos le *enterraron* junto á Abraham y su abuelo: Débora, nodriza de Rebeca, madre de Jacob, fué enterrada al pie de una que fué llamada «encina del llanto.» Jacob, después de bendecir á sus hijos, dice: «voy á reunirme á mi pueblo, *enterradme* con mi padre en la cueva que está en el país de Canaan en el campo de Eprom, allí han sido *enterrados* Abraham y Sara, su mujer, Isaac y Rebeca, y allí también yace Lia *enterrada* por mí.»

Poco más tarde adoptaron los hebreos la costumbre de perfumar con mirra y aloes, y erigían sepulcros, práctica sin duda muy anterior á Jesucristo, puesto que usa este filósofo la comparación con sepulcros blanqueados. «Y tomaron el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbraban al enterrar á sus muertos» (San Juan c.xix. Ev.)

El sepulcro de Jesús «cavidad tallada en piedra y tapada con una losa, «según San Marcos c.xv v. xxxxvi fué, no tanto como su cuna, humilde, y más debía parecerlo junto á aquellos soberbios mausoleos de estilo griego» «casas de vivos blanqueados» que en tiempos de Herodes el Grande, y acaso por la competencia entre hierosolimitanos y galileos, se alzaban en los alrededores de Jerusalem y en el mismo olivar de Gethsemaní. ¡Cosa singular! aunque era ultraje y castigo privar de sepultura, los cadáveres de los leprosos, y se sabe que abundaban, se arrojaban á un muladar para que fueran pasto de hienas y de onocrótalos ó cuervos nocturnos ¡cómo se vengarían eso insepultos!

De todo el sagrado texto se desprende esta aserción del filósofo de Judea. «No todo en la vida es vivir, ni todo en la muerte es morir; mientras respiramos cumplimos una misión; cuando fenecemos vivimos en otra forma: y aquel

que dices muerto vivo está; su cuerpo se deshizo para fundirse en lo eterno.»

El cuerpo de Arquelao, cuenta Flavio Josepho en su *Guerra de los judíos,* se puso en un lecho de oro labrado con perlas y piedras preciosas, vestido de oro y grana, corona en la cabeza y cetro real en la diestra; en redor de la cama hijos y parientes lloraban, después su guardia; después... «Pero nadie más llorado que Herodes Ascalonita, pues según el mismo autor L. 1 C. 21 «cinco mil plañideras seguían sus despojos.» De modo que hijos y esposas no tenían que llorar, ¿para qué más lágrimas?

En Vienne (en el Delfinado) existe un antiguo sepulcro romano, de origen desconocido, con bóveda y pirámide, y persístese allí en sostener que es el sepulcro de Pilatos. Por lo general se enterraba el cadáver en posición horizontal: Salomón y algún otro, citado en la Biblia, lo fueron de pie.

Pero aunque usemos la palabra enterrar, que es poner en tierra, no se entienda que de un modo árido y primitivo lo practicaron esos orientales, primeros seres humanos que aparecen en la historia. La tumba del patriarca Abraham ó profeta Ibrahim como lo llaman los islamitas, y la de su esposa Sara, ambas conservadas en la cripta de la mezquita de Hebron, son descriptas por un viajero español (Adolfo Rivadeneyra. *Viaje de Ceylán á Damasco,* 1871), del modo siguiente: «Entrando, á mi derecha hiciéronme notar en el piso cierto agujero de dos decímetros de diámetro, añadiendo mi cicerone que desde allí se veía la gruta sepulcral en que descansaban el profeta y Sara su mujer. Me asomé, y á la luz de un farolito pendiente de un agujero por medio de una cuerda, pude ver uno de los lados del sepulcro de Abraham, deduciendo que el todo vendría á ser como medio cilindro hecho de piedra y blanqueado con yeso.» Los árabes copiaron, y «por la descripción del cenotafio de Isaac y el de Rebeca, se vé que las piedras prismáticas tumulares, ya verdaderos monumentos, encontrados en Murcia, Almería, Palma de Mallorca, Tremecen, siempre con la infalible profesión de fe y versos del Korán, no son más que tradicional remedo de las cubiertas de aquellas tumbas de Hebron.»

Por las *Mil y una noches* y otros fehacientes, se vé que á más de los cementerios públicos habíalos de particulares, y se podía enterrar en privado, dando lugar á crímenes que la justicia ignoraba siempre. Otro viajero hispano, otro Adolfo (Adolfo de Mentaberry, *De Madrid á Constantinopla,* 1873), dice: «Frente á las murallas de la antigua Bizancio hay vastos cementerios sembrados de bosques de cipreses... paseo favorito de los turcos que gustan de recorrer la ciudad de los muertos y meditar entre las tumbas sobre lo efímero de nuestra existencia y la vanidad de las pompas mundanales»; son, en efecto, lugares de recreación que visitan con frecuencia las mujeres, á veces para profanas liviandades.

Lean el Korán los que quieran engolfarse más en la materia: para los muslines, el sepulcro es un lugar de descanso destinado al viajero, á lo menos así lo revela una inscripción cúfica de un channabiat de mármol onix de contornos primitivos, hallada en Tremecen por Mr. Brosselard al lado de la tumba de Abu Amnan; y nada extraño es esto, pues para Mahoma «la vida de este mundo no es más que un pasatiempo y vale más la vida futura para quienes temen á Alah». Pero preparaban bien esas estaciones de tránsito en que descansaba el cuerpo perfumado con alcanfor, aunque tal vez ignoraran que esta resina fuera tan antimicróbica como más tarde la denunció Raspail. Del docto Gallangos, que investigó más que yo este asunto, pudiéranse extractar numerosos ejemplos, pero me limitaré á una curiosa cita que hago de segunda mano, porque el texto no ha llegado á las mías. «Segun la çuma de los mandamientos y devedamientos de la ley y çunna recopilada por el onrado sabidor, mofti y alfaquí del aljama de los moros de la noble y leal cibdad de Se-

govia, Don Içа Fedih, Xebir, el bañar al muerto no hay tasa cierta en ello; mas báñelo quien mejor supiere, de manera que quede limpio: prímanle su vientre para que salga la rudeza que se le removió con las congojas de la muerte, cubierto su cuerpo con una sábana, y echen agua sobre él, bañándolo, como cuando se baña el bibo con su alguaddo, bolbiéndolo de un cabo al otro. Bien passa que bañe el marido á la mujer y la mujer al marido, y la mujer al muchacho cuando es de poca edad. No le quiten al muerto cabellos ni uñas, ni lo *hatenen* (circunciden), ni le quiten cosa de su cuerpo, sino alímpienlo quanto puedan»..... «Pónganle olores buenos en los lugares del cuchud, ó, lo que es lo mismo, en aquellas partes del cuerpo que tocan en tierra al hacer la adoración, y que son cual se indica respecto de Mahoma, los pies, las rodillas, las manos y la frente.»

Esos orientales para quienes morir es nacer á otra vida perdurable, no tienen nuestros avanzados modos de certificar el estado de cadáver; pero llegados al borde de la fosa, el imán, ó en su defecto el heredero ó el pariente más próximo, retira con precaución el cadáver de las andas, lo deposita en el suelo de costado, con el rostro vuelto hacia la Meca, pronuncia la oración fúnebre, y después llama tres veces consecutivas al muerto por su nombre y el de su madre. No contestando el difunto, lo echa en la fosa, lo cubre de tierra excepto en la parte superior, que preserva un puentecillo de madera, y á la superficie queda un hueco destinado á flores y plantas que regalan los dolientes, deudos y amigos.

Aún tras la muerte, procuraban evitar todo contacto con el criminal; «Allah ha dicho, apresuraos á enterrar á vuestros muertos, á fin de que gocen pronto de la dicha eterna si fallecieron virtuosos, y con el propósito de alejar de vosotros á criaturas condenadas al fuego si su vida terminó en el pecado.» En Constantinopla, el Bósforo es la tumba de la esposa perjura; en el Cairo lo es el Nilo; en

Damasco la tierra es tan húmeda y floja, que fácilmente se cava una tumba al pié de un rosal ó bajo el mosáico de un patio, donde seguirá el difunto miembro de la familia, hasta que el ángel Israfil, por orden de Allah, sople el cuerno del juicio final.

A esa costumbre de enterrar ó sepultar que siempre fué antihigiénica, sucedió en Grecia, Roma y otros pueblos antiguos la de quemar los cadáveres, y si antes con respeto se regaban flores sobre la tumba de seres queridos, ahora la piedad en primorosas urnas aleatorias, recogió y guardó con veneración las incorruptibles cenizas de los finados. De aquí la costumbre de llamar cenizas á los óseos restos de los humanos, y de aquí que se tome por símbolo en los funerales de ese miércoles en que la iglesia romana conmemora el polvo en que nos hemos de tornar.

La práctica parece que se difundió de la India, como que es la primera que se presenta al entrar en el dominio histórico.

No es posible hablar de tiempos primitivos, sin hacer mención de ese inmenso fósil, arsenal el más fecundo de la Arqueología. Aunque tomaran sus prácticas de arios, semitas y otros ya perdidos en la noche de los tiempos, para nosotros aparecen siempre creadores, como más tarde Egipto y Grecia. De tal modo se deificaba entre ellos la muerte, que se menospreciaba la vida en la Tierra, etapa efímera, deslucida y olvidada en el esplendor del apoteosis y la eternidad incipiente; en sus exequias crematorias parecían unas veces celebrar, otras escarnecer la gran hazaña de Ariman, el dios destructor. Engalanado y perfumado se colocaba el cadáver sobre un montón de leña, y allí también un macho cabrío, ofrenda á Agni, dios del fuego, para que propicio avivara la llama. ¿No estará aquí el origen de aquel cabrón emisario que el pontífice israelita maldecía, haciéndole cargar con los pecados del pueblo?

La práctica de cremar empezó acaso con la conquista del fuego; en los libros sanscritas, que son acaso los mo-

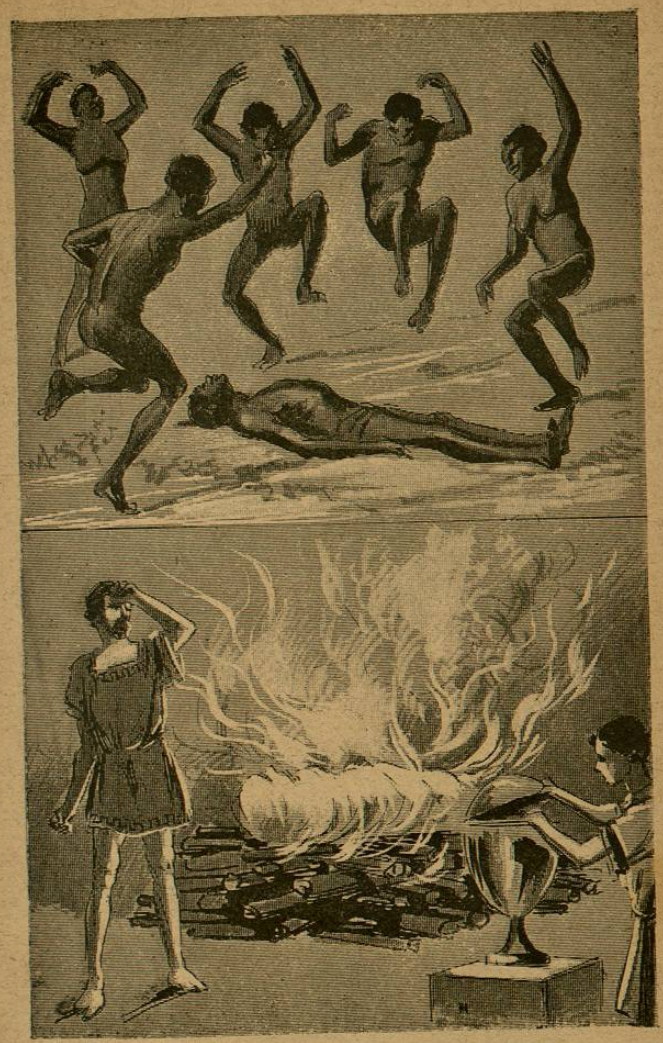
numentos más antiguos que se conservan de lengua humana, se habla de piras y cremaciones. En la Teogonia india (Vida de Christma, de 40 siglos anterior al Cristo de los cristianos), se dice: «Cuando morimos, nuestras riquezas quedan en la casa; nuestros parientes, nuestros amigos, no nos acompañan más que hasta la pira; nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestras buenas obras y nuestras faltas, nos siguen en la otra vida.» Constituye otra prueba la pira de la viudez, en que ardía la viuda junto al muerto marido, costumbre según parece que originaria de la Scitia, pasó de la India á la Persia, al Egipto, y amenazó á todo el Oriente, como los autos de fé á Occidente.

Al lado de la India colocaremos la Persia, que la iguala en venerabilidad. Ahí podéis ver en el Museo del Louvre y otros arqueológicos, los informes túmulos con que honraban la memoria de sus idos, y que transmitieron á Egipto y Grecia.

En Grecia donde no se permitía la putrefacción ni los esqueletos, la muerte, por decirlo así reía y á veces parodiaba, ó por lo menos nunca revestía aspecto lúgubre; la figuraban por un adolescente de rostro bello é impasible que pone el pie sobre una antorcha apagada: el cadáver lavado en agua tibia, ungido en aceites olorosos, y envuelto en ricas telas, se colocaba en un lecho que los amigos cubrían de flores, y que se exponía en un pórtico para potentizar su muerte natural. Luego con el óbolo en la boca, al son de címbalos y liras era llevado á la pira. Todo esto para los hombres, nopara los esclavos que, no siendo gente, no tenían derecho á la inmortalidad. Tampoco se concedía el honor de la pira á tiranos, vencidos ni á traidores. La palabra sepulcro, se cree viene del sanscrito *separi*, que significa honrar, y tumba del griego *tumbos*, que equivale á hoguera.

En la tragedia *Alcestes*, de Eurípides, escrita unos cinco siglos antes de la era vulgar, Admeto dice á su regia consorte:—«Una misma caja de cedro nos encerrará á los dos

Entre etiopes



Entre griegos

y uno junto á otro descansarán nuestros cuerpos, que ni muerto me separaré de tí, ya que tú sola me has sido fiel.» Con lo cual deja morir á su esposa en su lugar, lo que prueba que los helenos también temían el trance fatal. En la misma escena (que todo el drama es una escena) dícese:—«Ya los ustores llevan el cadáver adornado con pompa á la pira y á la urna.»

Nadie quería ir á la fosa común: se aspiraba á un rincón en el columbarium, y á urna con su nombre en placa de mármol: de aquí las asociaciones de pobres, en que, como en ciertas archicofradías modernas, se adquiría derecho á ser enterrado con distinción. La urna de los de sangre real era de mármol ó de oro, y se cubría con velo de púrpura: la de Patroclo, nos dice Homero, era de oro macizo.

La hoguera de ese amigo de Aquiles tuvo cien pies de base y otro tanto de altura, y ante esa hoguera, en honor de su Pílades, el hijo de Peleo, sacrificó doce príncipes troyanos, prisioneros suyos. ¡Qué buen amigo fué ese Aquiles... y qué bárbaro! Todos los deudos y familiares asistían á la fúnebre ceremonia, pero los suicidas se quemaban (según Filostrates) á fuego lento, lo que era ignominioso, y se guardaban aparte como hace hoy la iglesia católica, desde que el papa Nicolás I prohibió enterrar en sagrado y dedicar piadosas preces á quienes disponían de su vida. Plutarco cuenta que Cleopatra, previa concesión de Octavio Cósar, sepultó por sus propias manos á Marco Antonio.

Depositábanse las urnas en túmulos ó en tierra, que por ello se hacía venerable, señalándose con piedras blancas el lugar en que yacían los restos de los notables, cuya categoría y lo mismo el afecto de los supervivientes, quedaban indicados por la altura del túmulo: y así parece haberse practicado en la antigua Caledonia: «Añadiré una piedra al montón que cubra vuestra tumba» solían decir los héroes de Ossian.

Las tumbas fósiles desenterradas en la India y la Mesopotamia, las lápidas, inscripciones, túmulos que cubren el área del Viejo y del Nuevo Mundo, y que han contribuído á la historia de la humanidad muy más que los punzones de Herodoto, Josefo y Maneton, la vasta necrópolis de Egipto, el fabuloso sepulcro de Mausolo, la descripción de los funerales de Patroclo, que aparece en el canto XXXIII de la Iliada, y otros innúmeros documentos arqueológicos dan idea de la veneración que se tributó á los idos en los primeros pueblos que se civilizaron. Homero hace interceder á los dioses para la devolución del cuerpo de Hector que el feroz hijo de Peleo retenía, sin permitir que fuera quemado, expuesto el espíritu á vagar sin descanso. Sus funerales forman el argumento del último canto que termina así «El anciano monarca (Priamo) interrumpiendo sus sollozos: Id, dice, id á los bosques, traer leña para la fúnebre pira; no temáis en tanto las emboscadas de los griegos: Aquiles me ha prometido treguas hasta la duodésima aurora.» Así dijo; al punto húncense los carros; nueve días gime el Eda bajo los golpes del hacha; á la décima aurora, y con los ojos llorosos, llevan á la hoguera los sangrientos despojos de Hector; chispea la llama y envuelve el cadáver; los hermanos y amigos del héroe, las mejillas bañadas en llanto, recojen los huesos blanqueados por el fuego, y los colocan en una urna de oro que rodea finísima tela. La tumba, en fin, recibe el precioso depósito, y sobre la piedra que lo cubre se levanta un momento destinado á perpetuar la gloria de Hector y el llanto de sus deudos. Los guardias vigilan sobre las murallas para precaver á Ilion contra las sorpresas de los griegos. Luego los ciudadanos se reunen en el palacio de Priamo para celebrar conmovidos el festín de los funerales.»

¡Y sin embargo del piadoso ejemplo, no lejos los medos, sogdianos, bactrianos y otros vecinos del Caspio, en alguna época parece que hacían devorar sus moribundos por los perros! ¡Extraño modo de evitar miasmas y microbios! «Usaban, dice Strabon, ciertos canes que designaban en su idioma por una voz que equivale á sepulturero, á los cuales entregaban todos aquellos á quienes la vejez ó la enfermedad habían arrebatado las fuerzas.» Esto recuerda algo de lo que pasa en Africa en nuestros días entre hotentotes y otros pueblos á quienes hacemos el honor de llamar hombres. «Entre ellos (habla Kolden) cuando un viejo no sirve para nada ni puede ganar el sustento, se le relega á una choza solitaria, ó lugar aislado para que muera ó sea pasto de las fieras; el hijo entrega al padre ó á la madre á esa muerte despiadada.» ¡Bárbaros! ¿en qué país y en que época no fueron llorados los padres, sobre todo si buenos padres; y los hijos si buenos hijos? Economizad las lágrimas de vuestros hijos, para que puedan regar con ellas vuestra tumba.» Pensamiento de Pitágoras, digno de Pitágoras.

Suntuosos eran tambien los entierros de los galos, y según los comentarios de Julio César, idénticos fueron los de los iberos, al menos así se colige del de Viriato, que refiere Apiano Alexandrino: los druidas estaban tan persuadidos de la otra vida, que se prestaban dinero en este mundo con la obligación de pagarlo en el otro, y se enviaban mensajes á ultratumba.

Los latinos á imitación de helenos y troyanos, también empleaban la llama disolvedora de las impurezas humanas: toda la campiña romana y aún toda Italia es un inmenso sepulcro: no tenían propiamente cementerios: las vias Apia, de San Pablo y otras están adornadas profusamente de recuerdos funerarios; por eso quizá y por los grandes que brillaron y ya no brillan dijo Leopardi que era «la tierra de los muertos.»

Después de lavar el cadáver en agua lustral, puesta en la boca la moneda para pagar á Caronte, lo envolvían en tela de amianto, sustancia incombustible compuesta de silicatos de cal y magnesia, principios ya por sí poco fusibles, de modo que quedaban solas y puras las cenizas del

cinerefacto. ¿Qué es pues la cremación? acto por el cual eliminamos lo corruptible y evaporable que puede ofendernos, y dejamos soda y potasa, cal, magnesia y demás indescomponibles que pertenecían (ultimamente) al amado difunto. Como entre sus maestros de Grecia y Egipto, era ignominiosa la combustión lenta: tal vez por eso el precavido Nerón, cuando Roma se cansó de sus monstruosidades, hizo traer leña para su pira funeraria y la empapó en el óleo combustible; también consta que ante el cadáver de Augusto, los deudos hacían votos «para que los vientos alentaran la llama» y los prójimos arrojaban á la pira vestidos, armas y objetos de valor que fueron caros al difunto. Muchos (leemos en Propercio) eran cremados con sus anillos de adorno, si no habían expresado su deseo de que se entregaran á los ustores ó quemadores. Los niños antes de la dentición envueltos en el bienoliente cinamomo eran inhumados, y tampoco se incineraba á los que morían fulminados.

Las urnas eran de varia forma, hasta semejantes á un cesto de flores las vemos en la galeria que entre epitafios conduce al museo del Vaticano y al Belvedere; y también diferían en mérito, teniendo según calidad del finado, 0'65 metros de alto y 0,35 mayor diámetro, de barro, mármol, pórfido, bronce, plata etc., con bajos relieves en que á veces escenas báquicas y en que nunca faltaba el grifo. En ellas guardaba la patria los restos de sus grandes hombres, y los particulares los del pater, mater, frater, soror ú otro allegado. Que fué la urna luctuoso é ineludible tributo lo prueba el hecho de hallarse en túmulos de Brombarg, junto á Hannover, entre las que guardaban cenizas, algunas vacías, suponiéndose colocadas en homenaje de prójimos fallecidos en lejana ausencia, ó víctimas de catástrofes que no permitieron honras.

Tampoco faltaba en los suntuosos sepulcros, por lo general de estilo etrusco, las edículas, que eran pequeños nichos para ofrendas, exvotos, y dioses lares: algunos como

el de los Horacios en la Via Apia, guardan pinturas internas, emblemáticas, condenadas á perpétua oscuridad, de que sólo gozaba el muerto: coronando el monumento suele verse la estátua ó busto del *interesado*. La tumba de los Tarquinos en Cervetri es de 35 pies cuadrados; dos macizos pilares al frente sostenían la bóveda; pero son circulares las de Cœcina en Volaterra, con cuarenta pies diámetro y un sólo pilar al centro: las pinturas y relieves representaban banquetes, combates y animales mitológicos. Las cenizas comunes al columbarium, galerias semejantes á las de nnestros cementerios.

Quedaba á voluntad del moriturus el ser cremado ó enterrado; ir á la fosa ó á la ustrina, y es dato histórico que Numa Pompilio fué inhumado por disposición suya. El sepelio siempre tenía lugar fuera de la ciudad, la ley de las Doce Tablas prohibiendo hacerlo intraurbem, y se procuraba la mayor ventilación, para dar salida al penetrante olor empireumático que espide la combustión de la carne y otras sustancias orgánicas. Después banquete á la griega, como aún se conserva en algunos puntos para celebrar el viaje al país incognoscible, mas se dejaba lugar al eterno ausente en la mesa, suponiéndosele presente en espíritu. Según Marco Polo los habitantes de el Tangut también dejaban puesto en mesa y servían de comer y beber el día que moría el sabio astrólogo, y mientras permanecía en la casa mortuoria.

No somos los modernos menos caprichosos ni variados, como se verá recorriendo á vista de pájaro algunos paises. Todavía, y eso que el Korán prohibe el llanto sobre el difunto, practican los árabes el wulwal, ó llanto obligado y retribuido, habiendo sido hasta ayer oficio lucrativo el de plañideras asalariadas en Argel, Perú y otros. Así como los bongos (afírmalo Patherick) tienen la costumbre de orientar el cadáver según el sexo, varones al N. y ellas al S., poniendo encima como protección contra fieras, ramas espinosas, y como adorno una pila de... ¡cuernos!, así